

La Fiesta

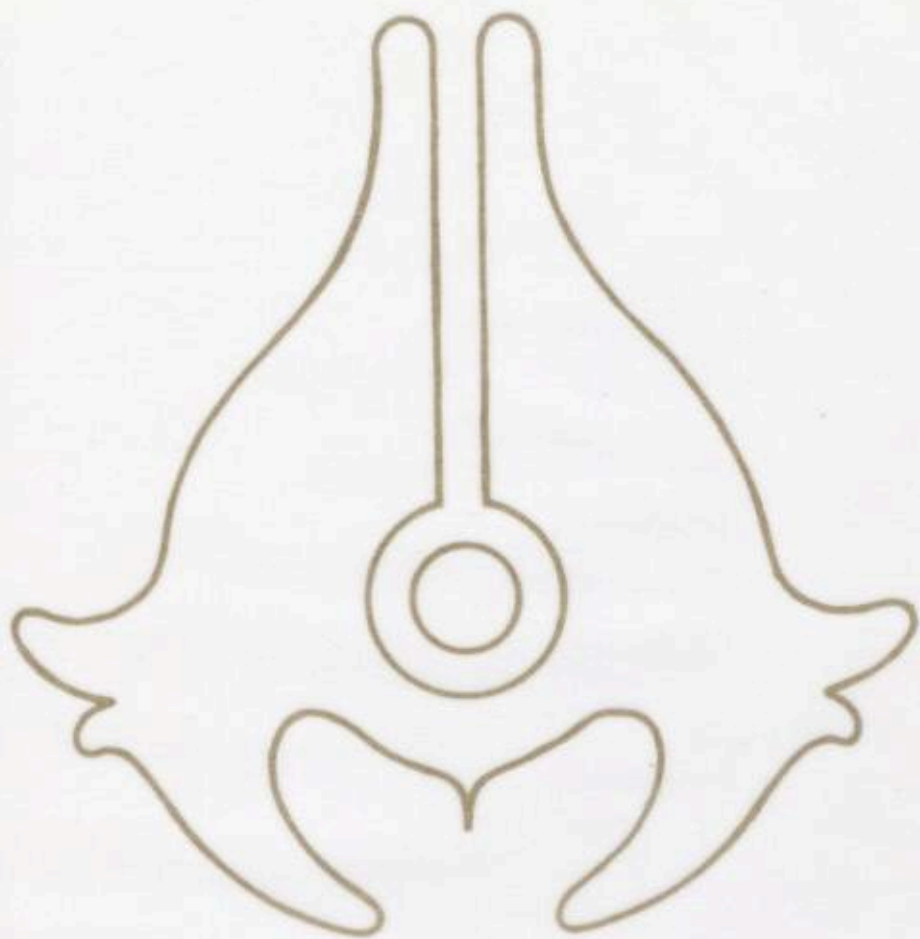
Juan Carlos Ezequiel Morales Martín ©

Dep. Legal: G.C. 227/1981

La Fiesta

© Juan Carlos Espinosa Méndez 1981

Imp. Legar, C.C. 11111981





LA FIESTA DE LAS BUENAS NOTICIAS DE LAS ISLAS Y DEL MUNDO

En la tierra del Sol, abiertos los ojos, se ven venir de lejos cierto número de hombres de cuerpo llamativo, arrogante faz y alma poderosa, y vienen de la lucha de honor entre litigiantes de igual poder y mérito.

Y llegados a este lugar se disponen al descanso y al gozo, en compañía de sí mismos y de ágiles, hermosísimas y jóvenes diosas, trayendo con ellos la seguridad, la fama, la sabiduría y el encantamiento.

Y uno que se distingue por su lengua hábil, se levanta y dice nueve fábulas, con las que deleita y encubre la Verdad.



para de inmediato darnos un feliz baño bajo este sol de mediodía, ya que como vereis, al final de las fábulas es recomendable acudir a la acuática inmensidad. Esta primera historia la llamo:

LA DEL ARBOL SANTO.

Hay un país en medio del mar en que existe un árbol que fué santo, y se le llama así porque en tiempos secos manaba agua fresca y vivificante.

Llegó, hace quinientos veranos, el momento en que los reyes del mundo conquistaron esa tierra, y el árbol dejó de manar agua.

Y hace más de mil días también llegó allí un hombre sagaz, el cual observó que la tierra de aquel país era tierra de fuego, que bajo esa tierra entraba violenta y lenta el agua del mar, y que súbditos de los manantiales de bajo de la tierra y de las corrientes de agua encantadas que hacen belleza aún



allí donde no se ve, los árboles fuertes como las hayas y los robles del continente antiguo, las higueras y las sabinas, crecían crispadas de santidad y delirio.

Pretendió el hombre sagaz, ayuno de alma y cuerpo, interrogar al Arbol Santo sobre cuál Ser de los del mundo era ahora el que llevaba de la oscuridad a la luz, pero el árbol permaneció mudo, es decir, no manó agua.

Cumplido el tiempo adecuado, el hombre tenaz propuso marcharse de allí para siempre, como es debido cuando la respuesta no acude al tiempo previsto. Entonces sobrevino por el camino un cuervo, luego una paloma, luego crujió una rama, después un volumen de agua, y en el aire del regreso, agua por todas partes.

Mil y más días después encontró, bajo olivos, al Señor del Agua de Color, que es el que lleva a la Luz.

El agua del arbol santo es agua profética; se busca y permanece oculta; es inaccesible y se hace accesible a todos milagrosamente; pueden llegar a ella tanto las mujeres ancianas como los hombres adianos; figura en el centro del cúmulo de cantos, cuentos y leyendas de los hombres, y es real.

El agua, ese es el elemento señalador, sustento



de los adelantos de los tiempos, el agua mágica, agua riente que extingue las sedes. Para ello existen cinco olas de singular embate y sus resacas, que han cruzado al mundo en estos tiempos encrucijados, triunfantes en el punto del gozo aústero. A esas olas u oleadas, les precede un anuncio; éste:

¡Vienen avanzando en el tiempo!
¡Vienen avanzando en el espacio!
¡Unos se han ido, otros se van ya!
¡Enorme fiesta en los cielos!

Uno de los mayores gustos que le restan al hombre tras la muerte de la última música: es el ser bañados en agua de color —.

— Llegada es ya la soleada tarde, y habiéndonos bañado todos, habiendo jugado unos con otros, unos con otras y unas con otras, siendo después esta completa comida preparada por las habilidosas mujeres, que por demás son, según decíamos, las más bellas de este tiempo, me propongo ya a contaros, de sobremesa, la segunda fábula, y después



Saben bien los nativos de ese país que la mejor manera de llegar a ver la isla intocable es por las tierras del sur. Y en efecto, desde la cima, y es una clave de la causa que aparece y desaparece, se puede, la vista en dirección a las tierras telúricas del sur, averiguar lo concreto del fantasma insular. El encuentro de la isla fantástica está ligado a la velocidad, la velocidad de las luces celestes no fijas, la adquisición de esa velocidad y su retraimiento.

Nadie dice nada allí, pero ido, de regreso, en peregrinación al continente del Euro, por romper una lanza por su diosa, y siendo la noche cerrada, se abrieron los cielos a uno de los que encubiertamente aquí están entre nosotros, y que había penetrado ya en los secretos del país encantado: de entre el azul oscuro de la bóveda estrellada surgió una imagen de Mujer, de color negro humilde porque era hija de la noche, que lentamente fué iluminándose hasta alcanzar la luminosidad de la Luna llena cuando en la madrugada sube por el horizonte, y en palabras dulces e inaudibles, se oyó en el mundo:

El país encantado surgió entre las aguas
del Fuego profundo de la Tierra.

Ese buen e iracundo suceso
da tierra negra, tierra bella,
tierra virgen, tierra diosa.

Es esa tierra la de la leyenda del Oro,
la que concentra la vida de los mundos.



A su lado vive una presencia inaccesible
que se hace accesible a todos milagrosamente.

Esa tierra no da ahora oro,
ahora vuelve a dar fuego,
el fuego que propulsa,
el fuego que alimentará la conquista
[de las estrellas.

Ahora comenzará a surgir el vértigo
de la tierra que se acaba,
los ojos se han posado sobre el territorio fácil,
y no sobre el difícil.

Alguien viene con rigor
y hace desaparecer la actitud cansina.

Arrebatado ha sido el descanso,
hay que correr, hay que luchar.

Hay guerra con la oscuridad,
ha venido el que lleva de la oscuridad a la luz,
el Imparable, el Veloz.

Sobrevenida de nuevo la naturaleza, posterior
a la sobrenaturaleza, el hombre peregrino agraciado
por la visión, supo entonces que para ver la isla en-
cubierta había de hundirse antes aquella otra más
cierta a la visión inmediata —





En los trayectos por lo amplio del mundo se introduce en el ánimo la normal penumbra de las

— He aquí ya la noche, amados comensales, hace poco el sol ha desaparecido entre el crepúsculo, y el color azul oscuro de esta noche trópica acompaña al brillo de las estrellas.

Por ser esta vez una excepcional vez, prolongaremos la vigilia un tanto y me permitiré contaros una leyenda a propósito.

Tras ello nos conviene entregarnos tempranamente al sueño para mañana al albor despertar, como es sana costumbre, corriendo a la orilla de la playa.

La leyenda es llamada:



poca distancia de él la visión de una acogedora casa, como construida por hombres de los que laboran en la ciencia del bien.

Dominado todo temor penetró en el umbral, cruzó la primera habitación de la izquierda y vió en el alfeizar de la ventana una flor blanca con brillo vital, cuya visión fué la última antes de caer a ojos cerrados y pensamiento sereno en profundo sopor.

Al alba despertó sobre un blando matorral al borde del camino, vió el áspero alrededor de Mafasca, y apresurando, tomó sus pasos hacia el Templo de la Diosa de la Tierra —

— Clarea la aurora, amigos míos; venimos muchos de afinar los cuerpos por las escarpadas rocas del fondo del valle, y otros de la orilla del mar calmo.

Hoy, tras los gozos y disfrutes de ayer, en manos de diosas, elixires y musas, las que son nuestras compañeras en las infinitas y sagaces artes del amor, es conveniente, como estaba previsto, dedi-



car los discursos a descripciones mucho más ciertas y mucho menos fabuladas. Hoy los discursos rozarán mucho la esencia del número y la de la ciencia. Por tanto, es cosa de hombres.

¿Cómo vamos a incomodar a nuestras dulcineas, maravillosas, ligeras y ágiles mujeres con el contenido repetitivo y disciplinado de nuestros discursos de hoy? ¿No van a ser, incluso, dos y no tres para que por su extensión y razón no resulten impropios en demasía a nosotros mismos?

Además, y todo sobreviene en armonía natural, habeis de saber que sé que entre nuestras mujeres se fragua una sorpresa, y a buen seguro que el manjar de hoy lleva un detalle especial, sospecho que además de por su singularidad, y por la profusión de esquisitos elixires, porque se proponen obsequiarnos con danza.

Ellas, pues, hoy a lo suyo y nosotros a lo nuestro, ellas a descansar de los discursos, que no conviene a sus sensibles oídos escuchar los secretos de la ciencia, y nosotros a decidir por el progreso del mundo las estrategias convenientes.

Mi discurso de hoy es el de:



LA FUERTE VENTURA

Setenta y siete millas al interior desde el puerto aéreo, en la tierra del sol perenne, existe un Templo del culto de nuestros cercanos antiguos. Dios muerto.

En la parte frontal, por la que penetra al interior el sol de la mañana en el solsticio vernal, existen signos del Naciente y del Poniente. Estos, en adoración todos a la térrea Diosa de la Regla, son: tres semblantes corifeos, dos serpientes que muerden sus colas, un ave que vuela a lo alto remontando sobre las nubes, y un león que en actitud pasante y levantados gesto y garra foguea por la boca.

Estos signos encrucijados, esculpidos en piedra, son testigos de relación con cuatro lugares y cuatro fechas mudables: Marbella, en abril del año septuagésimo noveno; Londres, en junio del año septuagésimo noveno; Londres, en agosto del año octogésimo; y París, en marzo del octogésimo primer año; todos años del Siglo del Advenimiento.



Hasta hace pocos menos años de diez, las setenta y siete millas eran susceptibles de ser cruzadas con paso firme. Después esas sendas han quedado súbitamente nubladas por el viento de un rigor divino, y el triunfante acceso es ahora desde el sur.

En la justa frontera de ese cambio sorprendente y eterno a la vez, con origen en el día en que saturno y el sol se encontraban en conjunción en la casa del Arquero Celeste, han surgido los adelantos de los tiempos. Ellos están distinguidos en la siguiente noticia de los tiempos primeros:

En el tiempo primero se nombra a lo altísimo en la cantidad siguiente: la gloria ocho veces, los tiempos gloriosos una vez, los comportamientos gloriosos una vez, la plenitud del gozo una vez, la divinidad y la divinización dos veces, la gran maravilla una vez, la felicidad, la alegría y la risa cuatro veces, el reír y el alegrarse, incluso cuando es sin razón o inextinguiblemente, seis veces, los cielos, el empíreo y las altas regiones, cuatro veces, la luz, la luminosidad y la lucidez, seis veces, la gran alborada dos veces, la resurrección una vez, la vida y el vivir, ocho veces, el triunfo dos veces y la ultravida una vez.

También se nombra la Noticia o el Tesoro oculto dos veces, el conocimiento una vez, a El o Alguien nueve veces, el rigor tres veces, el poder superior una vez, el destino una vez, la reunión maravillosa



de los miles una vez, los profetas, dos veces.

Y se nombra al hombre o los hombres doce veces, al mundo y la región terrestre dos veces.

Y se nombra la muerte cuatro veces, la flaqueza, el obstáculo, el peso, la caída, el apagamiento y el cansancio ocho veces, los vientos etesios una vez, la carencia una vez, el alejamiento dos veces, la oscuridad dos veces.

En esta relación de dos veces y media lo paradisiaco sobre lo infernal y de una cuarta vez lo divino sobre lo humano existe el mundo en el ambiente que ahí se incita.

De doce seres adentrados a la región colindante al lugar donde quisimos estar toda la vida, nueve de ellos dan su vida por pasar definitivamente ahí y tres de ellos dudan.

En ese lugar surge la lucha y un fulgor ácido y omnipotente se enciende y propicia el paraíso y lo agranda a esa región intermedia, en irreversible conquista que, al crecer, va creando novísimos dioses.

Por todo ello se ha de decir: los tres semblantes son los tres objetos de la ciencia del bien y del mal, las dos serpientes son los dos objetos del arte del bien y del mal, el ave que vuela a lo alto es el adve-



nimiento divino, y el león de fuego es el glorioso imperio del hombre, uno perenne y otro de duración incierta.

Asimismo las recientes y próximas fiestas joviales se pueden describir en tres: la del diluvio inicial en primavera, la del origen cisneo en verano, y la del milenio en otoño.

Retornamos del desierto de la Fuerte Ventura, como quien torna del palacio del valle de los montes más altos del mundo, y volvemos a las salvajes y divertidas urbes de los hombres, en cada una de las cuales existen sótanos y locales privilegiados.

Y días buenos a los amigos, a cada uno nominalmente —

—Maravilloso ha sido este mediodía, y más maravillosa su sobremesa en que, conjunta a la belleza de nuestras diosas y sus regalos, nos ha ocurrido su danza, y su refinado estilo, y sus movimientos desenvueltos y atrevidos con los que hemos podido deleitarnos conociendo mejor todas las



bellas partes de sus cuerpos, la velocidad hermosa de sus semblantes y acciones y la absorción esplendente de sus inmergidas curvas y giros.

Entretanto les ha dado complitud a su magnífico mover, y a la vez ha deleitado sublimemente a nuestros oídos, la música de nuestro Músico, ese hombre que corre caminos y está ahora entre nosotros produciendo en sus instrumentos lo más agradable que es posible oír en vida.

Y después, aún, en el posterior paseo a las cuevas de agujeros, arroyos, charcos y cristal, vimos y apreciamos las pinturas de nuestro pintor, por las que pudimos congratularnos de que tanto es el ambiente de soberano deleite que existe a nuestro alrededor, que el producto de las artes durables es factible de creerse perdurable por el hecho de su inspirada perfección.

Entretanto paso a contar el discurso, bebed, señores, este viejo vino, añejado para nosotros en toneles de roble hace doscientos años por afinados artesanos del continente, saboreadlo y habed cuidado mientras os cuento la última historia, porque tal es el bienestar que da al pensamiento que si con él mirais a vuestras damas, o amigos, según sea la preferencia, al punto pasareis de ser dueños a adueñados, y yo quedaría hablando solo.

Aquí viene ya, pues, el segundo y último discurs-



so de este segundo y penúltimo día feliz, y es el de:

LOBOS, EL ESTRECHO Y LA TIERRA DEL FUEGO

A quien acude al norte, en lugar de a las cálidas regiones del sur, el viento alisio lo afronta, e incita a caminar más al norte y encontrar de nuevo un sur.

Paraiso azotado del viento boreal, una isla al alcance de la mano que simula al hombre dueño de todo lo que está limitado, un abismo cotidiano y acuático que se cruza con confianza y alegría, y al fin las tierras de fuego intocables que, llamadas malpaís, están rodeadas de continuas versiones de lo amenísimo.

Reinos de diosas de cabellos de color de oro brillante, de sabrosos banquetes, de nativos, de elixires selectos, y desprovistos de dioses omnipo-



tentes que se sienten a la mesa con los hombres por lo que la compañía se convierte en más íntima y los comensales disfrutan del sabor de la continuada sorpresa.

Trópico tiempo en que los dioses se olvidan de los hombres y les dejan disfrutar a gusto de los efímeros y dulces placeres.

En los tiempos que ocurren, este itinerario se ha recorrido presurosamente, y así ha resultado forzado el disfrute, imperativo necesario a tenor de que en la septuagésima década se han colmado los anuncios de la noticia, y entonces: no conviene ya beber agua por vino, y además, siendo aquella más aústera se determina más sana.

Este itinerario, también presuroso, transferido al mundo, lo es como sigue: Roma de inmediato como lugar caduco, Nueva Delhi y precisamente un centenar de millas al norte como lugar núbil.

Conciliemos que las regiones de Delhi y la Tierra del Fuego engendran dos telúricos poderes, recíprocamente uno visible y el otro invisible. Ese es el símil.

En esto, corresponde ya el aviso de los adelantos de los tiempos, y es:

Probado está que el producto sucesivo de varios



elementos por ellos mismos da las veces de todo lo que con ellos puede ser.

Así está dicho, cuando el tiempo se tornó argénteo, que dos naturalezas, tres tiempos, tres espacios y cuatro destinos, ocasionan las setenta y dos existencias.

A esto conviene añadir que el número de la paradisiaca mitad se cerró con el advertimento de que con la Virtud pueden ser conocidas más existencias, como si fuere posible prolongar dicho número al infinito, pues si el resultado de una suma solo puede ser uno y de seguido, y con autoridad, se supedita condicionalmente a que puede ser mayor, está siendo introducido el instrumento de la maravilla o de la divinidad.

Y así es, ya que siendo computables y tres los rigores que ordena y regala el que lleva de la oscuridad a la luz, son infinitas las dichas y las inmortalidades a que se tiene acceso, hasta llegar al olvido del número de estas y también al olvido de la esencia del número y la del propio divino olvido del fin y del principio, quedando en el lugar donde quisimos estar toda la vida —



DEL LAGO AL QUE IBAN CIENTOS DE NIÑOS Y
DEL QUE SALIA UNO SOLO

— Anoche fué noche de tranquilo dormir, y pudimos todos ver en el cielo a Júpiter y a Saturno, a la Fortuna y a la Muerte, conjuntos en el signo del Equilibrio, en ocasión única para este Siglo.

Más de nueve lunas dura esa señal en los cielos, y nos propicia este nuevo tiempo de diversión encantada, y más aún ahora que el Amor, el Dador de Vida y el Mercader Alado se ven muy juntos en el signo de la Guerra.

Otros curiosísimos aspectos de las luces del cielo hay, pero ya convendrá decirlos en otro momento pues ahora, tanta euforia, tanta ansia de placer y tan desenfrenados gozos nos corresponden que basta de observaciones lógicas, y paso al relato de la primera fábula en este última día que nos reúne, la cual dedico a todas las damas presentes, a quienes me gusta tratar de diosas por sus innumerables virtudes, en prudencia y en belleza. Es la fábula:



DEL LAGO AL QUE IBAN CIENTOS DE RIOS Y DEL QUE SALIA UNO SOLO

Hermosísimas mías, he de manifestaros mi admiración y mi subjetivo amor por vuestra benigna naturaleza, naturaleza la cual ocasiona la tragedia y la preservación, la muerte y la creación, la caída y la elevación del hombre, y hace héroes, cribando de entre el género humano a quienes lo merecen de quienes no lo merecen.

Y es a respecto de esa vuestra sublime, dulce, bellísima y amorosa naturaleza, que me contó una de vosotras, oriunda doncella siberiana, una leyenda de amor, en una estada en el país de los tunguses, los altaicos, los mogoles, los buriatos y los samoyedos, hacia el sur de las frías tierras de Igarka y Bulun.

Avanzando por la taiga siberiana llegamos a la ribera del río Angará, donde ésta está en confluencia con el lago Baikal, y allí se encendió en la bella mujer un fuerte estro durante el cual habló que hace ochenta vidas de ochenta inviernos de hombre, aquél amplio lago era una extensión llena



de serenidad, de sol trópico, de calidísima vegetación arbórea, de poblada fauna y de alegres gentes.

Angará era la bellísima hija única del viejo Baikal, quienes ambos vivían hacía gran tiempo en armonía y alegría.

Angará se enamoró de Obi, y fué con él.

El viejo Baikal enfureció y cuando antes era delicioso, albergue de frondosidad, fauno y floreado, un rudo estremecimiento le convirtió en el más profundo y helado ser ácueo de los continentes.

Y ahora, nutrido de cientos de rios, solo uno, Angará, sale de él—

—Este tercer baño de este tercer día, ha terminado agradando a nuestro capaz placer, y hay quien ha nadado lejos volviendo a hacerlo sucesivamente hasta nueve veces, como si a cada juego con las olas del suave punto azul, fuese imposible dejar de repetir el gozocísimo esfuerzo del chapoteo feliz.



Sabeis todos, damas y señores, que al través de los días he permanecido ayuno de elixires, pues tal oportunidad me cabía si quería relatar con honradez algo sobre la Verdad, aunque fuera encubriéndola.

Llegados ya casi al término de nuestro feliz encuentro, y viendo como todos rebosan de gozo, ya casi comienzo yo a embriagarme del esquisito amor, del desenfreno, de las selectas drogas entre las cuales está hoy aquí aquella que aligera y concentra el placer, y de la Música de mi amigo, el que corre caminos, que también está hoy aquí.

He aquí, pues, la antepenúltima fábula, pero que es la última con cordura ya que en la próxima hablarán por mí los elocuentes efectos del elixir.

Esta fábula es:

LA DE LOS CUERVOS QUE CUBRIERON LA BOVEDA DEL CIELO



Andaba yo en persecuimiento del portador del águila y el cisne, y había llegado en una nebulosa mañana, a través de Venecia, hasta el propio corazón de Serbia, con el ánimo de arribar al día siguiente a las tierras áticas, cuando el cielo, como de repente, comenzó a oscurecerse tal si una extraña especie de nube trémula y tupida empezara a levantarse por donde se produce el céfiro hacia nuestra dirección.

La nube era lenta, como el aleteo de un ave de envergadura, y constante como su propio vuelo.

Habían pasado unos minutos y ya la nube estaba sobre nuestras cabezas, pudiéndose entonces comprobar que eran miriadas de cuervos de lento volar, que avanzaban desde Transilvania en dirección a Bosnia Herzegovina, y llegaron a cubrir el cielo y velar borrosamente el sol.

Sin esperar más y muy apresuradamente tomé rumbo al Norte, y sin mirar al cielo una sola vez, sino tan solo adelante, llegué a escuchar una voz poderosa que decía:



A esto os incito:
no bebais, no useis elixires,
no useis placeres,
no haya entre vosotros, hombres leales,
gasto de vida.

Ahora no es tiempo de ello.
El ya está aquí.

Son tiempos de labor para el camino
del que jamás se vuelve.

Es ahora lo de vanguardia,
ni lo clásico, ni lo moderno,
sin paradas, sin retornos,
contínuamente y con urgencia.

Ellos vienen avanzando,
unos se han ido,
otros se van ya.

Enorme fiesta empírea.
No es lo clásico,
ni lo moderno,
es lo de vanguardia.
Urgentemente. —



—Resplandecientes y serenos y rientes se os ve a todos, bronceados por los rayos del sol que han beneficiado nuestras pieles en el transcurso de estos dichosos días.

Divino sol, dador de vida, a adecuadísima distancia del horizonte.

Aire puro brisa nuestras mejillas.


Color como el del árbol floreciente, nuevo, y propio, y único, y de duración justa.

Sonido de sonrisas y de risas, y qué sonido el de la lejana música de quien corre caminos, que está aquí hoy entre nosotros.

Bienestar total en el interior y en el exterior de nuestras personas, capaces pronto de hacer lo mejor que en la tierra pueden hacer los humanos.

Corta, cortísima os relato la última leyenda, pues ya siento el inevitable deseo de ir a liberar mi amor con esa mi hermosa dama de ojos agradabilísimos y dulcísimo sentir, que me ha aceptado, cuyo amor es para mí amor primero, norte de todos mis caminos, como la fábula





DE LA TIERRA DONDE EL SOL NUNCA SE PONE

El último país, el último que se encuentra hacia el norte, y el último de nuestros tres días, es el país en que llegada la hora en que la noche debe hacerse presente, el sol roza el horizonte y vuelve de inmediato a levantarse.

Caminando con pies de hierro me sobrevino en la primera mañana, la que se forja inmediatamente cuando el sol sin haberse ocultado comienza de nuevo a remontarse, el suceso de que todo se aligeró en mí y empecé yo mismo a remontarme simultáneamente con el sol, hasta llegar a medio cielo, y vislumbré desde allí toda la tierra de los humanos...



Cuando transcurrió el tercer día todos los reos-
con aquel lugar y partieron presto a luchar contra la
oscuridad que se cernía sobre este Mundo, a vencer
o a perder, pero a luchar, pues el que las estrellas
estén a favor unas veces y en contra otras, jamás

En esto que iba el hábil hombre a terminar la
fábula cuando, substraído por la seducción de su
diosa, mil veces aumentada por el sublimísimo
efecto del elixir, lo abandonó todo y fué con ella a
buscar contentamiento.

Como así esto, como veis, sea ahora con todos
como estos tres días entre los doce mil de nuestras
vidas.

Y buensaventura a todos que ya parte, como
todos partieron, quienes en parte, quienes en unidad,
buensaventura a los que quedan por ver una
vuelta al mundo, y el segundo y tercer viaje a
Oriente, al Nacimiento, donde el Sol.

DESPEDIDA

Hechos sagrados y hechos profanos han sido
relatados aquí, ambos juntos como en la realidad
misma ambas cosas andan muy juntas.

Nueve fábulas prometiéronse al principio, y
en efecto, pese a que contadas por los títulos que
el Poeta dió parecen ser ocho, la novena no ha fal-
tado, y es la que las une a todas, indecible.



Se comenzó a imprimir este MENSAJE en primavera de 1981 en el estudio gráfico «Litos», con un tira de galnate-
los encargados, al cuidado de Javier Cabrera. Por causas y
orden de Español.



Edición realizada en
Pruebas de artista
Edición Litográfica

En Imagen «Other World's Vision» - 1978 - el ambiente
floral y los tipos de circular - 1981 - son obra del mismo
diseñador.



Se comenzó a imprimir este MENSAJE en primavera de 1981, en el estudio gráfico «Litos», con un tiro de quinientos ejemplares, al cuidado de Javier Cabrera. Por cuenta y orden de Ezequiel.

edición realizada sin
Pruebas de artista.
Edición Urgente.

La Imagen «Other World's Vision» —1976—, el emblema floral y los tríos de círculos —1981—, son obra del mismo hombre.

En la época septuagésima del Siglo del Advenimiento, el poder de la existencia se hizo visible en un sol exacto y exterior, a cuya presencia se incendió nuestro dentro.

Sumergiase el Mundo en las cuitas del Neptuno invernal, y la solar divinidad desapareció, y partimos a buscarla por el confín de la tierra.

Primer viaje a la tierra de la Fuerte Ventura, la de los Lobos, travesía de la Bocaina y Tierra del Fuego, en el año septuagésimo octavo.

Segundo viaje a Marbella y Puerto Banús, en primavera del año septuagésimo noveno.

Tercer viaje a París, en junio del septuagésimo noveno año.

Cuarto viaje a París, a Amsterdam y a Barcelona, en Agosto del septuagésimo noveno año.

Quinto viaje a Florencia, a Venecia, a Belgrado, a Viena y a Ginebra, en Agosto del mismo año.

Sexto viaje a El Julan, en otoño del septuagésimo noveno año.

Séptimo viaje a Oriente, a Nueva Delhi, a Srinagar, a Katmandú, a Bangkok y a Benarés, en el propio tiempo en que entró el Mundo en la edad octogésima del Siglo del Advenimiento.

Octavo viaje a Valencia, en las fiestas de fuego del Juicio Final.

Noveno viaje a Punta Mujeres y Harías, en primavera de ese propio año.

Décimo viaje a Irkust, a Samarkanda y Turkestan, y a Moscú, en agosto del año octogésimo.

Undécimo viaje a Edimburgo, a Londres, a Amsterdam, a Copenhage, a Oslo, a Kiruna y a Narvik, en agosto y setiembre del año octogésimo.

Y en el duodécimo viaje, a París, en el año octogésimo primero, tornó el Fuego a incendiarnos.